



A manera  
de separata

## Elogio de los pájaros

Giacomo Leopardi

[Traducción de José Luis Reina Palazón]

**A**melio, filósofo solitario, estando una mañana de primavera, con sus libros, sentado a la sombra de una casa de campo suya y leyendo; sobresaltado por el cantar de los pájaros por el campo, poco a poco dióse a escuchar y pensar, y dejada la lectura, finalmente echó mano a la pluma y en aquel mismo lugar escribió las cosas que siguen.

Son los pájaros naturalmente las más alegres criaturas del mundo. No digo esto en cuanto si los ves o los oyes siempre te alegran; sino que lo entiendo de ellos mismos en sí, queriendo decir que sienten alegría y regocijo más que ningún otro animal. Se ven los otros animales comúnmente serios y graves; y muchos de ellos también parecen melancólicos: raras veces hacen muestras de alegría y son estas pequeñas y breves; en la mayoría de sus goces y deleites no hacen fiesta, ni significación alguna de alegría; de los campos verdes, de las vistas abiertas y hermosas, de los soles espléndidos, de los aires cristalinos y dulces, aunque se deleiten, no suelen dar indicios externos: excepto que de las liebres se dice que en la noche, en las fases de la luna, y sobre todo de la luna llena, saltan y juegan juntas, complaciéndose de aquella claridad, según escribe Jenofonte.



Giacomo Leopardi

Los pájaros por lo general se muestran en los movimientos y en el aspecto alegrísimos; y no de otra cosa procede aquella virtud que tienen de alegrarse con la vista, sino de que sus formas y sus actos, universalmente, son tales, que por naturaleza denotan habilidad y disposición especial a sentir goce y alegría: apariencia que no es de considerar vana y engañosa. Por cada goce y cada contento que tienen, cantan; y cuanto mayor es el goce o el contento, tanto más vigor y más aplicación ponen en el cantar. Y cantando buena parte del tiempo, se deduce que ordinariamente están de buena gana y gozan.

Y si bien se ha notado que mientras están de amores cantan mejor y más a menudo, y más largo que nunca, no se puede creer sin embargo que al cantar no le muevan otros

deleites y otros contentos aparte de estos del amor. Ya que se puede ver patentemente que en día sereno y plácido, cantan más que en lo oscuro e inquieto: y en la tempestad se callan, como también hacen en cualquier otro temor que sienten; y pasada aquella, vuelven fuera cantando y jugueteando los unos con los otros. Igualmente se ve que suelen cantar por la mañana al despertarse; porque son movidos en parte por el contento que tienen por el nuevo día, en parte por aquel placer que hay en general en cada animal al sentirse reparado por el sueño y recuperado.

También se alegran sumamente de la verdura alegre, valles fértiles, aguas puras y lucientes, del lugar bello. En los que es notable que aquello que nos parece ameno y hermoso, también les parece a ellos; como puede saberse por los alicientes con los que son atraídos a las redes y a las trampas, en las parajes y lugares de caza. Se puede ver también en la condición de aquellos lugares en el campo, en los que de ordinario hay más frecuencia de pájaros y el canto de ellos es asiduo y ardiente. Allí donde los otros animales, si no fuesen los que están domesticados y acostumbrados a vivir con los hombres, ninguno o pocos hacen ese mismo juicio que hacemos nosotros de la amenidad y el deleite de los lugares.

Y no hay que maravillarse de ello: pues no se deleitan sino con lo natural. Ahora bien, en estas cosas una grandísima parte de aquello que llamamos natural no lo es; al contrario es más bien artificial: como por ejemplo, los campos labrados, los árboles y las otras plantas educadas y dispuestas en orden, los ríos

estrechos entre ciertos términos y enderezados en cierto curso, y cosas similares, no tienen aquel estado ni aquel aspecto que tendrían naturalmente.

De modo que la vista de cada lugar habitado por cualquier generación de hombres civilizados, y a la vez no considerando la ciudad y los otros lugares donde los hombres se limitan a estar juntos, es cosa artificial y muy distinta de aquella que sería en naturaleza. Dicen algunos, y sería adecuado a esto, que la voz de los pájaros es más gentil y más dulce, y el canto más modulado en las partes nuestras que en aquellas donde los hombres son salvajes y rústicos; y concluyen que los pájaros, aun siendo libres, toman un poco de la civilización de aquellos hombres en cuyas estancias son usados.

Digan estos la verdad o no, sin duda fue notable previsión de la naturaleza el asignar a un mismo género de animales el canto y el vuelo: de modo que aquellos que tenían que recrear a los otros vivientes con la voz, estuvieran por lo ordinario en un lugar alto; donde ella se extendiese alrededor en un mayor espacio y alcanzara mayor número de oyentes. Y en vista de que el aire, que es un elemento destinado al sonido, fuese poblado de criaturas vocales y músicas. Verdaderamente mucho agrado y placer nos produce y no menos, a mi parecer, a los otros animales que a los hombres, el escuchar el canto de los pájaros.

Y esto creo que nace principalmente no de la suavidad de los sonidos, por mucha que ella sea, ni de la variedad, ni de la mudable conveniencia; sino de aquella significación de

alegría que está contenida por naturaleza en el canto en general y en el canto de los pájaros en particular. El cual es, como si dijéramos, una risa que el pájaro hace cuando se siente estar bien y agradable.

También se podría decir que en algún modo los pájaros participan del privilegio que tiene el hombre de reír: que los otros animales no tienen; y por esto pensaron algunos que como el hombre es definido como animal intelectual y racional, podría no menos suficientemente ser definido como animal risible, pensando aquellos que la risa no fuese menos propia y particular al hombre que la razón.

Cosa ciertamente admirable es ésta que en el hombre, que entre todas las criaturas es la más apesadumbrada y mísera, se encuentre la facultad de la risa, ajena a cada animal. Admirable también sí es el uso que hacemos de esta facultad: pues se ven muchos en algún accidente extremo, otros en gran tristeza de ánimo, otros que casi no mantienen ningún amor a la vida, seguros de la vanidad de todo bien humano, casi incapaces de cualquier alegría y privados de toda esperanza, sin embargo reír.

Así cuanto mejor conocen la vanidad de los susodichos bienes y la infelicidad de la vida y cuanto menos esperan y menos a la vez son actos para gozar, tanto mayormente suelen los hombres singulares ser inclinados a la risa. La naturaleza de la cual generalmente y los íntimos principios y modos, en cuanto se refiere a aquella parte que consiste en el ánimo,

apenas se podrían definir y explicarse; si no fuera tal vez diciendo que la risa es una especie de locura no durable, o tal vez de desvanecimiento o delirio. Por lo que los hombres, no estando nunca satisfechos ni nunca alegres verdaderamente de cosa alguna, no pueden tener causa para la risa que sea razonable y justa.

A la vez sería curioso buscar dónde y en qué ocasión más verosímilmente el hombre fue llevado por primera vez a usar y a conocer esta potencia suya. A pesar de no haber duda de que en el estado primitivo y salvaje se muestra por lo general serio, como hacen los otros animales; incluso a la vista melancólico. Aunque yo soy de la opinión que la risa, no sólo aparece en el mundo después del llanto, cosa de la que no se puede hacer controversia ninguna; a no ser que soportara un buen espacio de tiempo ser experimentada y vista primeramente.

Nuestro amor hacia ciertas mujeres es parecido a la amistad que sentimos hacia ciertos hombres. Sólo hay un encanto y un riesgo de más. Si pudiésemos, sin hacer el ridículo, besar la mano, acariciar la mejilla de un hombre al que queremos, oler su perfume, mirarle con ternura, la amistad de un hombre sería más valiosa para nosotros que el amor de una mujer.

En ese tiempo ni la madre sonreíría al niño, ni este la reconocería con la sonrisa, como dice Virgilio. Que si hoy, al menos donde la gente está reducida a la vida civil, los hombres comienzan a reír poco después de nacer: lo hacen principalmente en virtud del ejemplo, porque ven a otros que ríen. Y creería que la

primera ocasión y la primera causa de reír habría sido para los hombres la embriaguez; otro efecto propio y particular del género humano.

Esta tuvo origen largo tiempo antes que los hombres habían llegado a una especie de civilidad; dado que sabemos que casi no se encuentra pueblo tan bruto que no haya provisto de alguna bebida o de algún otro modo de embriagarse y no lo suela usar codiciosamente. Cosas que no deben maravillarnos, considerando que los hombres, como son más infelices que todos los otros animales, a la vez son deleitados más que ningún otro por cada alienación de la mente no trabajosa, del olvido de sí mismos, de la intermisión por así decirlo de la vida; por lo que interrumpiéndose o por algún tiempo mermándose a sí mismos el sentido y el conocimiento de los propios males, reciben no poco beneficio.

En cuanto a la risa, se ve que los salvajes, aunque de aspecto serio y triste en los otros tiempos, tampoco en la ebriedad ríen profusamente; fabulando además mucho y cantando, contra a su costumbre. Pero de estas cosas trataré más distendidamente en una historia de la risa, que tengo la intención de hacer: en la cual una vez que haya averiguado el nacimiento de aquella, seguiré narrando sus hechos y sus casos y su fortuna, desde los comienzos hasta este tiempo presente, en el que se encuentra ser considerada en dignidad y en estado mayor que nunca; teniendo un lugar en las naciones civilizadas y haciendo un oficio con el que suple en algún modo todas las partes

ejercitadas en otros tiempos por la virtud, la justicia, el honor y similares; y en muchas cosas refrenando y espantando a los hombres de las malas obras.

Así concluyendo del canto de los pájaros digo, que bien que la alegría vista o conocida en otros, de la cual no se tenga envidia, suele confortar o alegrar; sin embargo muy loablemente la naturaleza proveyó que el canto y la risa de los pájaros, que es demostración de alegría, y especie de risa, fuese público; mientras el canto y la risa de los hombres, por respeto al remanente del mundo, son privados: y sabiamente operó que la tierra y el aire fueran esparcidos de animales que siempre, metiendo voces de alegría resonantes y solemnes, casi aplaudieran la vida universal e incitaran a los otros seres vivos a la alegría, haciendo continuos testimonios, aunque falsos, de la felicidad de las cosas.

Y que los pájaros sean y se muestren alegres más que otros animales, no es sin razón grande. Porque verdaderamente, como he indicado al principio, son por naturaleza mejor acomodados a gozar y a ser felices. Primeramente no parece que estén sometidos al aburrimiento. Cambian de lugar cada rato, pasan de lugar a lugar todo lo lejos que quieras y de la ínfima a la suma parte del aire, en poco espacio de tiempo y con facilidad admirable; viven y prueban en la vida sus cosas infinitas y muy diversas; ejercitan continuamente su cuerpo; abundan en supremo modo de la vida extrínseca.

A todos los animales, una vez que han

proveído sus propias necesidades, les gusta estarse quietos y ociosos; ninguno, si no fueran los peces, y exceptuando sin embargo algunos de los insectos volátiles, va largamente corriendo por sólo deporte. Así el hombre salvaje, excepto para suplir de día en día sus necesidades las cuales buscan pequeña y breve obra, a no ser que la tempestad o alguna fiera u otra sea la causa no se mueve; apenas es su costumbre dar un paso: ama principalmente el ocio y la negligencia: consume poco menos que los días sentado lánguidamente en silencio en su chozo informe, o al abierto, o en las roturas y cavernas de las rocas y de las peñas. Los pájaros, por el contrario, permanecen poquísimos en un mismo lugar; van y vienen de continuo sin necesidad verdadera; usan el volar por gusto y si a veces van de paseo a centenares de millas del país que suelen frecuentar, el día mismo por la tarde se vuelven.

También en el corto tiempo que se mantienen en un lugar tú no los ves estar nunca quietos; siempre se vuelven aquí y allí, siempre giran, se unen, se pretenden, se chocan, se menean; con aquella viveza, aquella agilidad, aquella presteza de movimientos indecible. En suma, después que el pájaro ha salido del huevo, hasta que muere, salvo en los intervalos del sueño, no se posa un momento de tiempo. Por estas consideraciones parece que se podría afirmar que naturalmente el estado ordinario de los demás animales, comprendidos también los hombres, es la quietud; la de los pájaros, el movimiento.

A estas cualidad y condiciones exteriores corresponden las intrínsecas, es decir

del ánimo; por las que mismamente son más actos para la felicidad que otros animales. Teniendo el oído agudísimo y la vista eficaz y perfecta, de modo que nuestro ánimo con dificultad se puede hacer una imagen proporcionada; por cuya potencia gozan todo el día inmensos espectáculos y variadísimos; y desde la altura descubren en un solo tiempo tanto espacio de tierra y distintamente divisan tantos paisajes con el ojo cuantos, sólo con la mente apenas se pueden abarcar por el hombre de golpe; se deduce que deben tener una grandísima fuerza y vivacidad y un grandísimo uso de la imaginación.

No de la imaginación profunda, ardiente y tempestuosa, como tuvieron Dante, el Tasso, la cual es una dote funesta y principio de solicitudes y angustias graves y perpetuas, sino de aquella rica, varia, ligera, inestable y juvenil, que sí es honda fuente de pensamientos amenos y agradables, de errores dulces, de varios deleites y confortos; es el mayor y más fructuoso don con que la naturaleza es cortés a las almas vivas. De modo que los pájaros tienen de esta facultad, en abundancia grande, lo bueno y útil a la alegría del ánimo, sin participar sin embargo de lo nocivo y penoso.

Y así como abundan en la vida extrínseca, igualmente son ricos en la interior: pero de manera que tal abundancia resulta en su beneficio y deleite, como en los niños; no en daño y miseria insigne como por lo general en los hombres. Ya que en el modo en que el pájaro en cuanto a la viveza y a la movilidad de fuera tiene una manifiesta similitud con el niño, así en la calidad del ánimo interior es razonable

creer que lo asemeja. Los bienes de tal edad si fuesen comunes a las otras y los males no mayores en éstas que en aquella, tal vez el hombre tendría ocasión de llevar la vida pacientemente.

A mi parecer, la naturaleza de los pájaros, si la consideramos en ciertos modos, avanza en perfección aquella de los otros animales. A manera de ejemplo, si consideramos que el pájaro vence en mucho a todos los demás en la facultad de ver y de oír, que según el orden natural perteneciente al género de las criaturas animadas, son los sentimientos principales; de este modo seguiría que la naturaleza del pájaro es cosa más perfecta que son las otras naturalezas de dicho género.

Además siendo los otros animales, como he escrito arriba, inclinados naturalmente a la quietud y los pájaros al movimiento y siendo el movimiento una cosa más viva que la quietud, más bien consistiendo la vida en el movimiento y los pájaros abundando en movimiento exterior más que ningún otro animal, y además de esto en la vista y el oído en los que exceden a todos los otros animales y que destacan entre sus potencias, siendo los dos sentidos más particulares a los vivientes, como también los más vivos y más móviles, tanto en sí mismos como en los hábitos y otros efectos que de ellos se producen en el animal dentro y fuera; y finalmente estando las otras cosas dichas antes, se concluye que el pájaro tiene mayor cantidad de vida exterior e interior que la que tienen los otros animales.

Ahora bien, si la vida es cosa más perfecta que su contrario, el menos en las criaturas vivientes, y si por eso la mayor cantidad de vida es mayor perfección, también por esto se sigue que la naturaleza de los pájaros sea más perfecta. A tal propósito no debe pasarse en silencio que los pájaros son igualmente capaces de soportar los extremos de frío y de calor, también sin intervalo de tiempo entre uno y otro: dado que vemos muchas veces que desde la tierra en poco menos de un átomo se elevan por el aire sobre alguna parte altísima, que es como decir a un lugar desmesuradamente frío; y muchos de ellos, en breve tiempo, transcurren volando diversos climas.

En fin, así como Anacreonte deseaba poderse transformar en el espejo para ser mirado continuamente de aquella que amaba, o en faldilla para cubrirla o en unguento para ungirla o en agua para lavarla o en faja que ella se estrechase sobre el seno o en perla para llevar al cuello, o en calzado que al menos ella oprimiese con el pie, igualmente yo quisiera por un poco de tiempo ser convertido en pájaro, para probar ese contento y alegría de su vida.

Procedencia del texto: *Opperete Morali* - Opúsculos morales



## Giacomo Leopardi

El conde Giacomo Leopardi (1798-1837) es recordado como el mayor poeta italiano del siglo XIX y como una de las figuras más importantes de la literatura mundial. Gran estudioso de los antiguos, hereda de ellos una simplicidad y una extrema claridad en las formas que le llevan a alcanzar prácticamente la perfección lírica. Sin embargo, la profundidad de sus reflexiones sobre la existencia hace de él también un filósofo que más tarde será considerado como un precursor del existencialismo. Entre sus principales obras publicadas en castellano se encuentran el *Zibaldone de pensamientos*, *Cantos y pensamientos* y *Discurso de un italiano en torno a la poesía romántica*.

